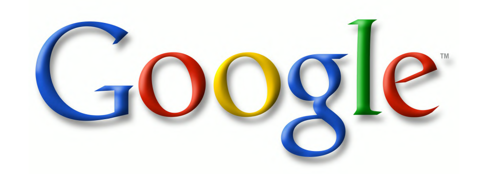
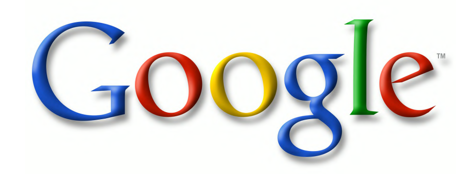




A Magdalena de Castro
este libro, que ya está impreso,
dedica su amigo

E. Díez-Canedo

2·XII·907

LA VISITA DEL SOL

ENRIQUE DIEZ-CANEDO

La Visita del Sol.

MADRID, 1907



IMP. GUTENBERG-CASTRO, JACOMETREZO, 80.

LA VISITA DEL SOL

La Visita del Sol.

Hoy el Sol ha llamado á mi ventana,
y ha llamado con ímpetu,
como nunca llamó. Tendido en el regazo
sereno, virginal y azul de la mañana
tenía la actitud triunfadora de un héroe
juvenil que ha medido la fuerza de su brazo
por vez primera en episodio bélico
y al tornar, victorioso, de la pugna lejana
la embriaguez saborea de los primeros vítores,
ve gallardetes, lauros, palmas y colgaduras;
lleva erguida la frente

con el orgullo de la victoria presente
y en los ojos el ansia de las gestas futuras.
Hoy ha llamado el sol á mi ventana.
Ha dorado mi mesa de trabajo sencilla,
y ha recortado un nimbo de gloria en el contorno
de un barro de Tanagra, figurilla
grácil, menuda, en largo velo envuelta
bajo el cual danza, rítmica y esbelta;
y ha leído los títulos
de mis libros, y en torno
de mis cuadros un vivo marco de luz ha hecho;
y ha subido á mi lecho
y ha besado mis ojos de repente
ahuyentando mi sueño, y ha truncado
la gloria de un ensueño comenzado
diluyéndolo en una luz de oro
clamorosa y riente.

Divina luz que en mi plegaria imploro,
fecundatriz de toda creación, ¡cómo es grato
tu esplendor mañanero!

Ya en pie, los buenos días doy al mundo.
Mi gato
reposa en la ventana hecho un ovillo,
sumergido en el mar de un éxtasis profundo.
Su pelo, al sol, tiene azulado brillo.

—¿En qué meditaciones te abismas, compañero?
La pereza, tu hechizo mayor, es lisonjero
presente que al Sol haces, gustando, con delicia,
de su luz en tu lomo la paternal caricia.
Tú eres feliz. Son dignos de que un verso los cante
la gracia sinuosa de tu andar ondulante,
tu desprecio del vulgo ruín, cobarde y pequeño,
y tu eterna inmersión en el divino Ensueño.—

Pero el sol, que ha llenado mi estancia, solicita
mi atención con su insólito brillar.
¿No es la visita
cuotidiana? ¿No es ésta su luz de siempre? Ignoro
por qué, mas no es la misma de siempre; ni este oro
que cubre la pared, el suelo alfombra

y hasta en menudos átomos aclara toda sombra,
tiene el brillar humilde de otros días; parece
monarca que de su poder se ensoberbece.

Y yo, ¿soy aquel mismo que siempre fuí? ¿La tierra
no es llana ante mis pasos? ¿Y de aquellos temores,
de lo desconocido, de aquella sorda guerra
de un mal imaginario,
qué ha sido? ¿Ya la vida no es penoso rosario
de dolores?

Del sol que me visita, la palabra
de fuego, la palabra de oro escucho:
Me ha dicho:
«Que tu corazón se abra
para todos y á todo; que tu boca se abra
para todos, á todos los vientos; tu palabra
no economices como el publicano
sus óbolos: imita la luz que yo prodigo:
prodiga tus palabras: las espera tu hermano,

las espera tu pueblo, las espera
tu amigo, las espera tu enemigo;
da en ellas vinculada tu alma entera:
no la darás en vano:
tendrás un alma nueva cada día.»

Tomad el alma mía,
tierra y cielo,
tomad el alma mía,
seres y cosas;
á todo, el alma mía dar anhelo.
Quiero que mis palabras fervorosas
de amor, de luz y de alegría,
hagan sus nidos en los corazones;
quiero que mis canciones
de los rayos del Sol guarden vestigios.
En todos los momentos, mi alma nueva
buceará en las cosas
buscando los prodigios
de eternidad que cada instante lleva.

Mas ya el sol deja huérfana de su fulgor mi estancia
y al cenit se remonta.
¡Oh cielo azul, sereno!
¡Oh virtud de las cosas! ¡Oh fragancia
de un propósito bueno!

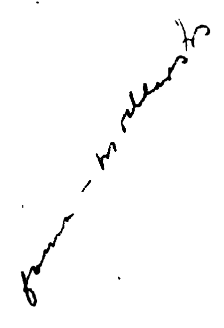
POEMAS

Faunos.

Fauno y Ruiseñor.

El ruiseñor y el fauno trinan en competencia.
La voz ardiente y la melíflua cadencia
del pánico instrumento, luchan. La voz del ave
se irrita; se insinúa la de la flauta suave.
La flauta dice: Tierra. Calor. Ninfas hermosas.
El ruiseñor: Espacio, brisas, árboles, rosas.
La flauta: Cuando Pan en la tierra vivía
era la tierra una campestre melodía.
El ruiseñor: La música tiene alas y vuela.
El padre Zeus hizo pájaro á Filomela.

La flauta: ¡Oh susurrar de cañas junto al río!
El ruiseñor: El viento susurra; el viento es mío.
La flauta: Es arpa eólica la tierra. Todo canta
un himno que á la esfera celeste se levanta.
El ruiseñor: El cielo, sólo el cielo es sonoro.
Bajo el coro de astros resuena nuestro coro...
La disputa prosigue. Cuando empezó, de ocaso
los últimos destellos morían; paso á paso
la noche dulcemente fué avanzando, y ahora
se inician los primeros vislumbres de la aurora.



Fauno dormido.

El fauno que á la higuera trepó, que, sin testigos,
pudo coger los frescos, blandos, jugosos higos
que llenan de dulzura la boca, no sentía
que las horas pasaban, que el fiero mediodía
se hacía dueño de los campos, que la siesta
difundía su plácido beleño en la floresta,
y en su glotonería calmosa entretenido,
fué cerrando los ojos y se quedó dormido.

Es un día estival, de fuego. El fauno ronca.
Lejos, allá en las eras, intermitente, bronca,
con su canción que la calígine desgarra,
le hace dúo, borracha de Sol, una cigarra.

Lucha de faunos.

Los dos faunos más jóvenes luchan en la pradera.
Los demás el combate van siguiendo, en espera
de lo que ha de ocurrir. A veces, un obsceno
chiste pica el orgullo del que pierde terreno,
y, al ver que su contrario le embiste, se afianza
sobre los pies caprinos, en contra del que avanza,
y se humillan las testas, y se topan las frentes
en las que apuntan, finos, los cuernos incipientes.
La lucha se prolonga. Si es el uno más diestro
porque tuvo en sus años de infancia por maestro
al chivo más potente de su rebaño, el otro
tiene la solidez y el empuje de un potro.

El césped magullado dice larga pelea.
Sudan los dos; al pecho fornido que jadea
bajan las grüesas gotas que impregnan los cabellos;
ha desaparecido la tierra para ellos;
hasta que, al cabo, en una formidable embestida,
cae rodando el más débil con la frente partida.

Un fauno viejo.

Un fauno viejo cuenta su juventud. La historia
de su vida selvática revive en su memoria.
Reverdece la seca floresta de sus años:
su gozosa niñez detrás de los rebaños
idílicos, en torno de las colmenas llenas
de miel que al robo incita; las veladas serenas
en que olvidó la miel y los juegos por una
dulcedumbre de flautas á la luz de la luna;
su juventud fogosa detrás de los tropeles
de ninfas blancas, blancas, burlonas y crueles,
y la primera vez que un beso le deshizo
del juego, de la miel, de la flauta el hechizo,

poniendo un misterioso sentir, extraño y nuevo,
en su incauto y ardiente corazón de mancebo...
Su existencia después fué solitaria y grave.
De la selva intrincada las maravillas sabe.
El hábito constante del silencio, el diario
convivir con los árboles del bosque milenario,
los celajes que vieron sus pupilas extáticas,
dan un vivo y profundo sentimiento á sus pláticas...
Cuenta el fauno su vida, y hasta el viento reposa
para no dispersar su palabra armoniosa.

Otro fauno más viejo.

Otro fauno más viejo no puede con la carga
de los años. La vida para él es amarga
como el citiso. Lejos de toda compañía
con su decrepitud y su melancolía
se va. Para que el cuerpo rendido no se doble,
se apoya en una rama vigorosa de roble.
Los muchachos, al verle, dejan juegos y riñas
y algunos le persiguen arrojándole piñas.
Es muy viejo. La vida le trató duramente.
Por las tardes, despacio, se dirige á la fuente
que mana entre las peñas á la sombra de un tilo
para llorar allí su dolor, hilo á hilo.

La vejez de Lohengrin.

Aguila inmóvil en el aire; pinos
que suavizáis la rápida pendiente;
rocas agrias; veneros cristalinos;
limpidez silenciosa del ambiente;

castillo que dominas con tu mole
selvas y ramblas y picachos, fiero
guardador de la Copa en que á la prole
de Adán bajó la sangre del Cordero;

sol, padre bondadoso, que tu brillo
yendo á ocultar entre lejanas rocas,

al ir las [illegible] noches al castillo
con un beso de luz su frente tocas;

tú, [illegible] que mi nodriza fuiste,
tú, mi madre amiga y sabia consejera,
y [illegible] conmigo envejeciste,
mi estrella, mi [illegible] compañera:

ya no sois paz del pensamiento mío:
mi paz en tierra [illegible] se ha disuelto
como el humo en el aire: un claro río
se la llevó, y el río atrás no ha vuelto.

Un claro río: por sus aguas quietas
un cisne blanco me guiaba: lejos
desgarraban el aire las trompetas;
las armaduras, súbitos reflejos

tenían á la luz de la mañana;
llegué, y entre la turba sorprendida
vi la más dulce criatura humana
que ojos vieron jamás; toda mi vida

resplandeció, como después la hoja
de mi espada, pureza que, en su oficio
de combatir por la pureza, roja
de sangre de traidor sale del juicio.

¡Oh clamor popular, vivo alborozo
de campanas, jovial trompetería!
¡Oh la mirada de sorpresa y gozo,
de ansia y pudor, que se clavó en la mía!

¡Y aquellas manos juntas! ¡Y de aquellos
labios en que á la voz el miedo embarga
la timidez temblona! ¡Y los cabellos
de sol! ¡Y el surco de la crencha larga!

Y luego, imponderable, la ventura
del amor compartido, y el extraño
sentimiento nupcial, fuerza y dulzura;
y después, brutalmente, el desengaño...

¿Cuándo fué? ¿Cómo fué?... Ya mi recuerdo
vacila; cada día más me postro

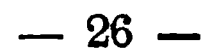
bajo los años graves y hasta pierdo
las líneas puras del amado rostro.

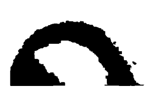
En el azul del cielo ya no busca
de sus pupilas el color mi anhelo,
porque ya el sol mi débil vista ofusca,
porque me agobia, indiferente, el cielo.

Porque el olvido la senil mazmorra
de mi cansado espíritu previene
para que, cuando todo en mí se borra,
la presencia de Dios todo lo llene.

Noche que anulas, misteriosa y negra,
mis pálidas memorias fugitivas:
del recuerdo, sol último que alegra
mi fría ancianidad, cruel me privas.

¡Oh, nunca ver; oh, nunca amar; oh, nunca
perder lo amado y olvidar lo visto!
¡Antes vivir en lóbrega espelunca
con una estera, un odre, un pan y un Cristo!





¡Antes morir!...—¡Oh bienhadada sombra!
Desde los limbos del ayer, tu fuerte
voz, ¿es la voz lejana que me nombra?
¡Oh luz! ¿Quién eres?... ¿El Amor?... ¿La Muerte?

Campanas.

Campanas, ¿no lloráis al campanero?

Vosotras dos, campanas bulliciosas
que acecháis en la torre la llegada
del domingo, y con rápido volteo
lo anunciáis á las gentes; tú, la grave
de vibración profunda, que tres veces
rezas, como beata que una sola
plegaria sabe hacer: Ave María;
y tú, campana grande, que orgullosa
retumbas en las fiestas ciudadanas
cual si las desdeñaras; y vosotras,
clarillas, que formando dos parejas

en torno al son de la campana grande
trenzáis vuestra jovial vocinglería;
y tú, viejo esquilón de la requeda,
patriarca senil que á los retoños
de tu prole dispersos por el mundo
les brindas del hogar con las dulzuras:
campanas, ¿no lloráis al campanero?

El, os amaba con amor sencillo
de hombre vulgar y su familia érais.
Y no le comprendísteis: ¡cuántas veces
entristecido, con nerviosas manos
os hacía volar, mientras vosotras
á su dolor profundo indiferentes
con metálica risa contestábais!...

Hoy os deja: la Muerte, la señora
que con una mirada de sus ojos
se lleva en pos al escogido, ha entrado
de pronto en la mansión del campanero.
Cómo entró, no lo sé: tal vez en alas

de la vieja cigüeña que hace nido
cabe la cruz remate de la iglesia.
Tal vez su enorme vuelo silencioso
se cernía en el aire, y fué turbado
por gárrulo tañido de campanas,
y, vengativa, penetró en la torre.

Campanero que nada con la tierra
querías, buen vecino de las nubes
y huésped de los pájaros del cielo,
sólo con tus campanas, olvidado
de los hombres mezquinos, alejado
de la tierra mezquina: ya los hombres
conducen á la tierra el miserable
despojo de tu sér, hombre de tierra.
De la encumbrada habitación el cuerpo
sacan, de burdos hábitos vestido,
y al caracol de la escalera angosta
lo llevan, en la paz de la mañana.

Y da principio el trágico descenso.

¡Qué interminable sensación de angustia!
En la penumbra fría, los peldaños
brotaban sin cesar bajo las plantas;
la luz amarillenta de los cirios
que amagaba cien veces extinguirse
penosamente se esparcía: todo,
lo tenebroso del recinto, el aire
que subía gimiendo, las pisadas
rítmicas, dolorosas, hasta el beso
que dejaba en la frente del cadáver
de súbito la inmensa luz del día
que por una tronera penetraba
como lanza punzante, cada cosa
era, en un gran dolor, un dolor nuevo.
Y era siempre lo mismo: alternativas
de sombra densa y fuerte luz, constante
rechinar de pisadas, y peldaños
que sin cesar bajo los pies brotaban.
¡Angustia sin igual! ¡Oh, qué descanso
trasponer el umbral que comunica
la escala de la torre con el templo!

La negra caja, en la capilla negra,
del cuerpo frío recibió el tributo.

Pero á vosotras el dolor no alcanza,
campanas que en el sol de mediodía
sois oro y en la noche sois misterio
y en la memoria sois niñez; campanas
en la torre suspensas, oh gloriosas
voces que brotan siempre de lo alto,
blancas aves que vuelan, majestuosas,
sobre el dolor, sobre el dolor del mundo!

Crepúsculo de invierno.

La muerte lenta de la tarde fría
llena la estancia de melancolía.

Los leños encendidos de reflejos
salpican muebles y tapices viejos.

Un reloj soñoliento da la hora:
las cinco; y cada campanada llora:

Junto al hogar, un galgo; no se mueve;
sus costillas se acusan en relieve.

Alza de pronto la cabeza fina:
se ha movido el carmín de una cortina.

Da paso la cortina blasonada
á un hidalgo de ascética mirada.

Se asienta en un sillón de tonos rojos.
El perro fija en él sus vítreos ojos.

¿Qué viejas cosas recordarle quiere?...
Se carboniza un leño. El día muere.

El retrato.

Penetran los oros del día
por los rasgados ventanales
en la severa galería.

De los tapices ancestrales
las mitológicas escenas,
belicosas y pastorales,

aparecen de vida llenas
á los halagos de las brisas
aromáticas y serenas.

Las inmovilizadas risas
de las tres Gracias, hermosuras
de pecho firme y piernas lisas,

abandonando las dulzuras
de las bocas ardientes, fluyen
largas, cristalinas y puras.

Las hercúleas flechas destruyen
en el Estínfalo con nuevo
furor á las aves que huyen;

fulgura en su carroza Febo;
y en un bosque Venus intenta
retener, liviana, á un mancebo.

Todo vive. La macilenta
faz, que adorna sedeño bozo,
la mirada que, soñolienta,

pregona la orfandad del gozo,
se reaniman en un retrato.
Es de un señor apuesto y mozo.

En la elegancia y el boato
de su porte y en la enfermiza
dulzura de su gesto grato,

de su alma se exterioriza
la desolación, el ocaso
de un gran linaje que agoniza.

Dicen que fué breve su paso
por la tierra. Su camarada
constante se llamó Fracaso.

Amó, y en la mujer amada
sólo halló traición. De una injuria
no le supo vengar su espada.

Un hado enemigo, con furia
le azotó. Falsas alegrías
pidió al juego y á la lujuria.

Y en este palacio de umbrías
estancias y parque risueño
pasaron sus últimos días.

Una sirvienta de cenceño
tipo, de carácter despótico,
fué su postrer tirano y dueño.

En sus delirios de neurótico
le hundió, y adormeció, traidora,
su energía como un narcótico.

Aquí mismo sonó su hora.
Se escuchaba el cantar perlino
del mismo surtidor que ahora

blande al sol su chorro argentino.

El baile campestre y romántico.

Tilos, música y cerveza.
Domingo alegre. Canciones.
¿No perturban tu cabeza
las frecuentes libaciones?

La gente moza retoza.
¡Viva la danza! ¿No sabes
bailar? Sólo así se goza.
Deja pensamientos graves.

Por dos veces, á tu lado
la muchacha del vestido

blanco estuvo; te ha mirado,
y al mirarte ha sonreído.

Tú, ni siquiera la viste.
Tu desolación funesta
se hace más honda, más triste,
en la explosión de la fiesta.

Vuelve á tu aposento. En él
tus pensamientos rimados
pueden llenar un papel
de versos desesperados.

Las flautas y los violines
aceleran el compás.
No han de ver los bailarines
cuándo ni cómo te vas.

Ni habrán de verte los viejos
que observan á los muchachos
desde sus mesas, de lejos,
picarescos y borrachos...

Pensamientos intranquilos,
dormid, que la Fantasía
tejerá con vuestros hilos
una grave poesía...

Música bajo los tilos.
Ocaso. Melancolía.

El Corzo.

La osamenta de un corzo blanqueaba en el suelo.

Huesos finos, que hacían de la carrera un vuelo
yacen sobre la tierra; las sutiles palancas
que daban un elástico movimiento á las ancas
y engendraban el salto, parece que, dormida,
guardan la fuerza súbita que las moviera en vida.
¡Pobres restos que dicen en su lengua extrahumana
una diatriba contra la crueldad mundana!

Era un día de sol, y en el monte perdidos
escucharon los corzos fanfarrias y ladridos.
El guía y capitán de los corzos medrosos
venteaba el peligro; veloces, sigilosos,
los demás le seguían uno á uno. La caza
resonaba sin tregua. La fementida raza

de los perros serviles, coreaba las notas
de la trompa. De pronto, por las malezas rotas,
un ciervo aparecía, fugitivo y potente,
hacia atrás dirigida la armirramosa frente,
y su fuga, tal vez, de la selva en un claro,
detenía la bárbara precisión de un disparo.

Los corzos escapaban sin daño. Ya caía
la majestad del sol. De la selva sombría
los invasores con el botín se alejaban.
Aquí y allá, los tiros últimos resonaban.
Y cuando ya los corzos, perdido el miedo, errantes,
bajo los arreboles del véspero triunfantes
del manantial buscaban los movibles espejos
en que el cielo vertía llameantes reflejos,
una bala perdida, la postrera, cobarde,
vino á herir al más joven de la manada.

¡Oh tarde!

¡Crueldades humanas, bestial espanto viste,
tú, serena, tú, buena! Y, amargamente triste,

del vapor de la sangre que vertió el hombre-fiera
formaste un velo rojo que el puro azul cubriera.

El herido marchaba detrás de sus hermanos.

¡Oh, los hubiérais visto, temerosos, lejanos,
atentos al murmullo más insignificante,
volviéndose al herido que, tardo, claudicante,
con un penoso esfuerzo les seguía! ¡Los viérais
á todos bajo el mismo dolor, y allí sintiérais
hasta lo más profundo removidos los posos
del espíritu, en odio de los nombres pomposos,
—halagadores con suavidad de caricia—
con que el hombre enmascara su hipócrita sevicia.

Y caería la noche como un vasto consuelo
sobre un dolor inmitigable. Y en el cielo,
cuando la luz primera del alba, opalescente,
para el triunfo del día conquistara en oriente
las nocturnas trincheras, otra vez los fulgores
del sol se iniciarían, presagiando mayores

desgracias á los corzos. Y otra vez, asustados,
empezarían por caminos apartados
á escapar, angustiosos, de lo desconocido.
Y detrás, lentamente, marcharía el herido.

Hasta que, sin respiro ni valor, jadeante,
manchada horriblemente su hermosa piel brillante
de un líquido negruzco y espeso, que saldría
del flanco herido, que, tibio, ennegrecería
la finura del anca, y en la tierra un reguero
trágico dejaría, su instante postrimero
viera llegado, y en la tierra se acostara
sobre el costado ileso, cual si al cielo mostrara
su martirio, corona de su santa inocencia.

Era entonces el cielo de una gran transparencia.
Ni una nube. De un cuervo que volaba despacio
la negrura cerníase, lejana, en el espacio.

Los corzos rodeaban al muerto. Le cercaban
indecisos; algunos, acaso, se alejaban

Yo pensaba: ¡Rebeca!... La voz mansa
que en la Biblia sonó... «Bebe y descansa.
Trae hacia la cisterna tus camellos.»

Sonreía Eliezer. Los animales
tendían á los líquidos cristales
con golosa avidez los largos cuellos...

De vuelta del pinar...

De vuelta del pinar, en la infinita
languidez de un crepúsculo serrano,
sentíamos el júbilo cercano
de las claras campanas de la ermita.

Un aroma de incienso y un gemido
vacilante de armonium, al encuentro
se nos venían, moribundos. Dentro
ya el rezo vesperal era finido.

¡Qué calma en todo el monte! Refulgía
la estrella del pastor; el fin del día
se alargaba, en el cielo solitario...

¡Y aquellas viejecillas que tornaban,
una tras otra, al pueblo, que pasaban,
negras, como las cuentas de un rosario!...

Lawn-tennis.

Recogiendo memorias que se esfuman,
hoy evoco de nuevo aquel estío
que nos unió. Vuelve al recuerdo mío
tu juvenil prestancia de sportswoman.

Yo fuí tu enamorado y tu poeta,
en versos y en amores principiante,
y espiaba, encantado, tu semblante,
más que el diestro jugar de tu raqueta.

Veo tu rostro en púrpura encendido,
y aquel tu gesto breve y decidido
para echarte los rizos á la espalda,

y el anhelar del pecho adolescente,
y la estirada media, fugazmente
vista al volar de la cumplida falda...

Partida de ajedrez.

Como es un juego noble y señorial
apropiado á tu ingénita altivez,
jugamos gravemente al ajedrez
en el salón severo y ancestral.

Ordenas, como experto general,
las chinescas figuras que, tal vez,
en marfil comparable al de tu tez
labró un paciente artífice oriental.

Y si acaso me miras con fijeza
cuando hacen avanzar alguna pieza
tus dedos enjoyados y sutiles,

ponen con la rudeza de su ataque
á mi rendido corazón en jaque
tus negros ojos, como dos alfiles.

Sería tu retrato...

Sería tu retrato, de perfil;
y de la negra veste de velludo
surgiría, blanquísimo y desnudo,
tu cuello erguido, torre de marfil.

Alta, de pie, tus regias manos finas
buscarían apoyo en la ventana
por la que se vería la lejana,
la suave ondulación de unas colinas.

Los muebles familiares del salón,
en sombra; desbordantes de un jarrón
azucenas de albura y de fragancia;

y la tarde pondría su reflejo
en la convexidad de un raro espejo
colgado allá en el fondo de la estancia.

Por la calle vieja.

Sol de invierno en dorado resplandor
baña y envuelve la ciudad severa.
Dos niñas, primavera y primavera,
vienen del campo mudo y sin verdor.

Cantan, y al aire dejan el temblor
de un cantar que del alma se apodera
y entre las manos tienen—¡oh primera
visión de abril!—ramas de almendro en flor.

Al breve paso del grupo gentil
el corazón de la calle senil
tiene otra vez, como antaño, un latido.

Es un benéfico soplo vital.
Abierto al sol, un alto ventanal
con sonrisa de luz ha sonreído.

La hermosa librera.

¡Libro de poesía! ¡Poesía
de la mano que el bello libro entrega!
¡Mano gentil que, suavemente, llega
púdica, leve y alba, hasta la mía!

¡Ojos color de mar, la fantasía
por vuestra zarca placidez navega!
¡Tez en que el rosa con el blanco juega
en una whistleriana sinfonía!

Sobre los libros de tu tienda obscura
se destaca, graciosa, tu figura,
ríen tus actitudes elegantes.

¡Oh, cuando la pasión, en sus divinas
horas, te iguale con las heroínas
de esas novelas que hay en los estantes!

Su noble senectud...

Su noble senectud, blanca y esbelta,
su ademán indolente, la tranquila
y algo cansada luz de su pupila,
su manera de andar, firme y resuelta,

le muestran ducho en el vivir. Envuelta
su vida en sombra está. La fama hila
no sé qué historia en torno de él; vacila
mi recuerdo... A la patria dió la vuelta

después de ausente muchos años; nada
como en sus tiempos encontró: cambiada
la ciudad, por las calles otras gentes...

No goza más que cuando, cada día,
ve jugar á los niños, todavía
como entonces hermosos é inocentes.

En la cervecería.

En la cervecería que el tabaco sahuma
veo tu colorado rostro, tu panza obesa,
tus manos, de sortijas cargadas. En la mesa
brilla el jarro ambarino desbordante de espuma.

No es el primero. Claramente tu faz lo indica.
Una beatitud vaporosa te embarga.
Siempre á tu corazón esta bebida amarga
tesoros de inefable dulzura comunica.

Tus ojos empañados, con vidriosa fijeza
diríase que atisban una visión flotante;
tus oídos aguardan que, arrulladora, cante
para ti sus baladas de oro la cerveza.

Tardes de la Moncloa.

Tardes de la Moncloa, llenas de sol; pianos
de los bailes del pueblo, que resonáis lejanos
con voz que cierne el claro tamiz de la distancia
que os depura de toda canallesca arrogancia;
meriendas en el césped; cantares coreados
de risas; bullangueros grupos endomingados;
avenidas que siguen las familias burguesas,
--padres lacios, anémicas muchachas, madres gruesas--;
silbar de un tren cercano; desnudo panorama
que cierra con sus cimas de nieve el Guadarrama;
simétricos pinares y jardines dormidos;
rayos horizontales del ocaso, perdidos

entre dorados árboles; inmóviles, verdosas
aguas de los estanques; fontanas cadenciosas:
los humildes os buscan y la moda os desdeña.
Yo gozo en vuestro encanto; mi fantasía sueña,
fácil, en esta noble tristeza que os abate.
Sois como empobrecidos parientes de un magnate:
ocultáis vuestra estirpe, no mendigáis favores,
y os mostráis generosos como grandes señores.
Dejáis en el espíritu claridad y alegría.
¿Qué poeta mezquino de la corte podría
decir en versos claros y humildes vuestra loa,
tardes llenas de sol, tardes de la Moncloa?

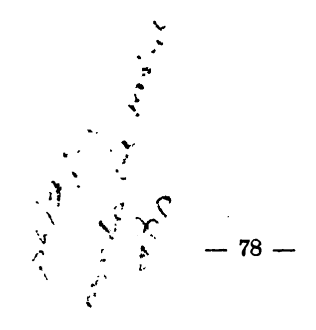
Anochecer de domingo.

Los aires zarzueleros,
agrios y populares,
que hacían resonar los merenderos
del Manzanares,
se extinguen poco á poco...
Ya solamente suena un organillo...
Ya se ha callado...
                    Un foco y otro foco
diluyen en el aire polvoriento
de la ciudad su brillo.
De las parejas el retorno lento

llenando va las calles...
Son muchachas cogidas por los talles;
novios que van buscando lo escondido;
de algún grupo han salido
palabras precursoras de refriega;
otro ritma su andar con el quejido
de una gaita gallega;
risas aquí, voces allá... Domina
de pronto la algazara
una voz fuerte y clara
que canta un aire añejo,
sentimental y cursi, de *Marina*...
Un caballejo
tira penosamente
de un derrengado coche
donde va una jamona
con su cortejo...
Desgarrando la noche,
pasa un tranvía lleno de luz, lleno de gente,
su campana, burlona,
tintinea insistente...

El camino se queda
solo... Ya es algún grupo rezagado
que la marcha apresura,
ya es un viejo simón que, lentamente,
rueda...

Nadie ya... La negrura
de la noche parece que disuelve
las voces, el gentío...
Una nube de polvo, densa, envuelve
los árboles; un frío
vapor, la parte baja
del cauce va llenando, y amortaja
las turbias linfas del exangüe río...



Oda á la Cibeles.

No eres aquella matrona olímpica
madre de dioses, numen telúrico.
Los hados clementes te hicieron
soberana de un pueblo que vive.

No eres divina pieza escultórica
que, aun en fragmentos, entera el ánima
de un pueblo que ha sido conserva,
gozo y risa de un triste museo.

Tú, madrileña, miles de súbditos
tienes, y un alma goyesca, indómita,

que sabe de amores, de rezos,
de motines, de fiestas de toros.

Cuando sangrientos y patrióticos
aniversarios bullen magníficos
con sus pintorescos desfiles
y con sus fanfarronas charangas,

tú, coronada de torres, rígida,
desde tu carro que los ibéricos
leones arrastran, pareces
animada visión de la patria.

Y cuando llegan las tardes áureas
de abril, y al circo, la calle amplísima,
de las muchedumbres encauza
el sonoro, continuo torrente,

—blancas mantillas, trenes espléndidos,
atronadores, magnos vehículos
que avanzan repletos, enormes,
como peñas de cuajo arrancadas;

y deslizantes coches minúsculos,
y el entoldado y airoso y rápido
que llenan los diestros de oro
y es, al sol, como un prisma irisante;

y oscuras manchas de guardias tétricos,
y acuchillados pencos escuálidos
que van á la muerte, cansinos,
con un rojo y un gualdo ginete—;

tú, madrileña de sangre cálida,
romper ansías tu calma pétrea,
trocar tus leones en potros
y en calesa tu carro de triunfo,

y una mantilla, y en el ubérrimo
pecho nutricio, llamas purpúreas
de ardientes claveles, ardientes
como tu corazón de manola.

Pero, indolente, tus ansias férvidas
ves luego extintas, del pueblo símbolo

que un sol implacable calcina,
que un cruel Guadarrama congela.

Cuando en su capa nocturna embózase
la regia villa, suena en su lóbrega
quietud tu palabra que surte
del cristal de tus aguas de ensueño.

¿Cuentas historias? ¿Dices pronósticos?
¡Oh, si anunciaras gloriosas épocas!
¿Quién puede saber lo que dices
á la noche, señora de un pueblo?

Paseo de coches.

Arboles polvorientos forman la plazoleta;
en el centro, extendidas las alas de vampiro,
se recorta, siniestro monarca del Retiro,
del ángel fulminado la trágica silueta.

Van girando los coches en torno de la estatua,
y siguen por el largo paseo lentamente.
Como ciñera el árbol del Edén la serpiente,
á Luzbel en su anillo ciñe la moda fatua.

Unos ginetes pasan al galope. Se inclina
tal vez una graciosa cabeza femenina
contestando al saludo rápido de un sombrero.

Lejos, tiros frecuentes por el aire apagados,
y á veces el temblor, más doliente que fiero,
del rugir de unos viejos leones enjaulados.

Han venido los húngaros.

Han venido los húngaros, hermana.
Osos de tardo andar, monos ladinos,
lleva la miserable caravana.
Son los hombres esbeltos y cetrinos.

Fuman pipas enormes. Llevan rojos
casquetes, de los cuales se desborda
la maraña del pelo, y en sus ojos
brilla el destino de la errante horda.

Son flacas las mujeres. En harapos
van, desnudos los pies bajo las faldas

en girones. Envuelto en sucios trapos,
una conduce un chico en las espaldas.

Tañen los hombres grandes panderetas,
canturrean tonadas melancólicas
y hacen dar á los monos volteretas
y ágilmente bailar danzas diabólicas.

Y amaestran al oso torpe y grave
de floja piel, que, humildemente fiero,
danza, y pasando á la redonda, sabe
las limosnas coger en el pandero.

Han venido los húngaros. Me gusta
ver su arrogancia en su mirar osado,
y, en lo moreno de su faz adusta,
los soles de los tierras que han cruzado.

Amo andanzas, combates, aventuras;
pero soy hombre débil y pequeño,
y he recorrido, sólo, las llanuras
del país arbitrario del Ensueño;

y he vivido en mi hogar burgués y obscuro
y el vasto mar y el alto monte ignoro,
las tierras que sepulta el hielo duro
y las que halaga un regio sol de oro;

y languidezco en mi rincón de olvido,
y engarzo en él, paciente, verso y verso,
sin azares que me hayan conducido
por la diversidad del Universo...

Húngaros: hoy ha roto vuestro paso
mis horas de tristeza y de fastidio.
Desde mi quieto bienestar, acaso
vuestra inquietud, vuestra pobreza envidio.

(¡Corazón, corazón! ¡Que no te atrevas
cada día á buscar extrañas gentes,
costumbres no sabidas, hablas nuevas,
cielos varios, paisajes diferentes!)

Cuando vosotros, pobres peregrinos,
lejos del suelo avaro que os destierra,

peregrináis por todos los caminos,
por todos los caminos de la tierra,

mi espíritu lleváis en compañía:
vuestras faces morenas le son gratas,
ama vuestra tenaz melancolía,
vuestras noches que alumbran las fogatas,

y vuestro caminar por entre hogares
tibios, morada de los hombres vanos
de esos duros, inhóspitos lugares
en que os ladran los perros aldeanos...

Luna de miel.

¡Oh mi amigo, mi amigo recién casado! El mundo
transfigurado cruzas. Al lado tuyo, vivas
están tus esperanzas, triunfantes, positivas.
Es tu paso más firme; tu mirar, más profundo.

Aqui, en tu casa nueva, tu corazón de joven
ha renacido. Aquí tu alegría custodias.
Todo en la tierra es bueno. Ni recelas, ni odias.
Ya no hay males que el oro de la calma te roben.

Y hablamos. Con acento de pasión me aconsejas.
Yo te escucho risueño. Pienso en historias viejas..,
Callas; los dos reímos, y, oyendo nuestra risa,

tu esposa viene. Grata resuena su voz pura
de timbre musical, y su grácil figura
sonrosada, en la puerta se detiene indecisa.

Cuentos.

¡Lucecita lejana, lucecita
lejana, de los cuentos infantiles!
¡Niño malo perdido en la maldita
selva negra poblada de reptiles!

¡Gnomos barbudos cuya fuerza leve
del monte á la caverna el oro arrastra!
¡Princesita que huiste, por la nieve
y en noche atroz, de la cruel madrastra!

¡Vieja hechicera que á los niños buscas
y los envuelves en sutiles cercos
para trocarlos con tus manos bruscas
en sonrosados, regordetes puercos!

¡Ogro feroz que, al caminar, consume
leguas en un instante, y duerme ahíto!
¡Nombres que en la memoria sois perfume:
Blanca-flor, Cenicienta, Pulgarcito!

Sois lo más grande de la tierra: canta
la niñez en vosotros; sois el día
que despierta y el sol que se levanta;
sois inocencia y fe; sois poesía...

Viejo semanario.

Este tomo de un viejo semanario, que tiene
los años que tendría mi abuelo, si viviera.
de tan amable guisa mis horas entretiene
como cuando sus folios volví por vez primera.

Y encuentro en él tan suave, tan íntima fragancia,
me llena el corazón de tal melancolía.
que pienso si se habrá quedado en él mi infancia
como esta flor, hoy seca, que no sé quién pondría.

Es un amigo viejo que sabe muchas cosas;
cien historias ingenuas refiere con cariño,

y á veces, cuando escucho sus frases candorosas,
pienso: «Este pobre anciano tiene cosas de niño.»

Grabados en madera, toscos, que reproducen
efigies de caudillos, exóticos paisajes;
versos que hablan de tumbas, de aceros que relucen
en torvas callejuelas; relatos de viajes

á regiones de Oriente, magníficas, lejanas;
novelas en que al heroe da el triunfo un amuleto;
y, traducidas, tétricas baladas alemanas
en que se ve á caballo pasar un esqueleto;

todo, desde la infancia, lo tengo tan presente,
con relieve tan puro, firme y extraordinario,
que hoy florecen mis versos de la vieja simiente
que tú dejaste en mi, vetusto semanario;

vetusto semanario que hoy, cuando á mis congojas
juveniles huyendo, torno á tu amor, abiertas
dejas al paso mío, con sólo abrir tus hojas,
del encantado alcázar de mi niñez las puertas.

Romanticismo.

Largos tirabuzones á un lado y otro penden
del óvalo perfecto de tu faz de criolla.
Tus miradas en una llama interior se encienden;
en tu mano un escrito papel se desarrolla.

—¡Oh mano gordezuela, mano de hoyuelos suaves,
blanca mano, de uñas pulidas y rosadas,
blanca, como las teclas de los sonoros claves,
fina, cual las románticas melenas alisadas!—

Tu vestido pomposo tiene una gracía añeja.
Sobre sus esplendores mustios de flor de un día,

triunfan tus hombros blancos que el escote ver deja;
su juventud las burlas del tiempo desafía.

En tí todo el encanto de tu época vive:
candorosa y ardiente, del olvido se salva
porque de su exaltado pensamiento recibe
algo que la ilumina con una luz de alba.

¡Oh poetas, cantores de los tiempos feudales
que vuestra fantasía de extraña luz revistel
Cual vosotros, quisiera componer orientales,
tener grandes amores y estar un poco tríste.

Vuestro tiempo es mi tiempo, poetas: yo he nacido
póstumo; rezagado voy por vuestros senderos,
y no encuentro quien hable mi lengua, y voy perdido
sin un compatriota, perdido entre extranjeros.

Ossian con sus fantasmagóricas figuras,
Byron que risas locas y lamentos exhala,
Gualterio Scott que narra combates y aventuras
y Chateaubriand que llora sobre el cuerpo de Atala;

David con sus romanos heróicos, el divino
Bellini de alma lírica, son rumorosas fuentes
que alegran mi diario monótono camino;
si naufrago en la prosa de los días presentes

son playas que me acogen. Y eres tú bella dama
viva en este grabado; tú, noble poetisa
de rostro en cuyos rasgos ardientes se derrama
por ojos y por labios la luz de una sonrisa.

Yo tengo tu retrato; y en él tu prodigiosa
mano firmó: Gertrudis Gómez de Avellaneda.
La letra es elegante, segura; sinuosa
de lineas, bajo el nombre, la rúbrica se enreda.

El XLV soneto portugués.

Después de una lectura de los XLIV de Isabel Barrett-Browning.

Rosas de puro amor, rosas tardías,
han florecido en mí. Tú, mi primero,
mi amor único, fuiste jardinero
de amor: mi amor te da las rosas mías.

De vida nueva son por tí mis días
que á la muerte llegaban; verdadero
sol, fuera de mi tibio invernadero
vivo por tí: luz y calor me envías.

Esta vida que tengo, toda tuya,
depósito sagrado, de mi pecho
no quiero ya, no quiero ya que huya.

Mas del amor por el sendero vino,
y halla mi pobre corazón estrecho
y á tí se vuelve por igual camino.

Glosas.

I. Rosa blanca...

Rosa blanca, rosa, en medio
de tus rosales en flor,
me has herido sin remedio:
malherido estoy de amor.

Por haberme aventurado
sin cuidado,
solo, en el huerto cerrado
de tu fiero guardador,
malherido estoy de amor.

Por escuchar la sonata
fresca y grata
que dice el chorro de plata
del cadente surtidor,
malherido estoy de amor.

Por oír en esta quieta
plazoleta
los versos de tu poeta,
mi enemigo, el ruiseñor,
malherido estoy de amor.

Por estos primaverales
virginales
aromas de los rosales,
salmos divinos de olor,
malherido estoy de amor.

Huerto, fuente, aroma y ave,
mal tan grave
me infundísteis que no sabe

curarlo ningún doctor:
malherido estoy de amor.

Rosa blanca, rosa, en medio
de tus rosales en flor,
me has herido sin remedio:
malherido estoy de amor.

II. Amor de mi vida...

Amor de mi vida,
vida de mi amor.

¡Oh dama escogida!
llegas precedida
de triunfal clamor
como un vencedor,
amor de mi vida,
vida de mi amor.

En el aire olor
de ramas en flor:
para tu venida
qué suave acogida,
vida de mi amor,
amor de mi vida.

Franca y prevenida
tengo mi escondida
morada interior:
ven á darle honor,
amor de mi vida,
vida de mi amor.

Un cuervo traidor
era su señor;
ya en ella no anida
que emprendió la huida,
vida de mi amor,
amor de mi vida.

Todo en tí se olvida,
señora querida,
suave resplandor
en noche de horror,
amor de mi vida,
vida de mi amor.

Lugar de refugio.

En este paraje del mundo me libro.
Insensiblemente me guía mi paso
y aquí me recuesto, solo con un libro:
San Juan de la Cruz, Chenier, Garcilaso.

Libro evocador, que acaso no leo
y acaso devoro; lectura que alterna
con esta hermosura de mundo que veo,
con esta soñada floración interna.

Hojas, las de arriba por el sol quemadas,
verdes las de abajo, verde masa oscura,
tal vez por un soplo de viento agitadas
con un susurrar lleno de dulzura;

hormigas menudas, constantes obreras,
soldaditos negros, rápidos é inermes
que vais y venís en largas hileras;
lagarto que al sol, verde y fino, duermes;

pájaro que llegas volando y te paras
en un alto brote, sobre mí, sin miedo,
y á piar empiezas cual si preludiaras
la canción aquella que te oyó Sigfredo;

palabras humanas, lejanas, perdidas;
cambios pasajeros de luz, cuando sube
por el cielo el sol, cuando extremecidas
se mueven las hojas, cuando hay una nube;

y este imaginar que una fabulosa
legión invisible me ve con asombro;

que alguna cabeza barbuda y curiosa
mira lo que leo por cima del hombro;

que emboscado en este tupido ramaje,
trata de otear la cercana fuente
en un pacienzudo, terco espionaje
un obsceno sátiro de cornuda frente,

para cuando llegue la ninfa más bella
y el agua su claro palacio le abra
lanzarse de un brinco y escapar con ella
al raudo galope de sus pies de cabra...

Y este sueño blando lleno de quietud,
y esta soledad cargada de olvido,
y este olor de santas yerbas de virtud
que de paz y aroma me llena el sentido!...

Un campestre dios este sitio guarde:
sitio de soñar, de amar, de olvidar;
saudoso como el astro de la tarde
misterioso como gruta junto al mar.

Nocturno castellano.

Puedes dormir el sueño que el sol y la fatiga
te han infundido en esta llanada sitibunda.
Llama en el silencioso mesón. La lumbre amiga
tu refección calienta; moreno pan, de miga
recia, tendrás; el vino, pastoso y negro, abunda.

Cuando hayas aplacado tu hambre y tu sed y quieras
sumergirte en las ondas inefables del sueño,
por largos corredores y pinas escaleras
sube hasta el cuarto en donde reposo hallar esperas.
Techado está con vigas, es blanco y es pequeño.

Del candil fatigado la vacilante llama
una danza de sombras en la pared figura;
y en un ángulo surge, reducida, la cama
que á tu cuerpo rendido de caminante llama
con sus ásperos lienzos de gastada blancura.

Con sus lienzos, malignos como magos traidores
que á las turbas aladas de los sueños ahuyentan
y, trazando en el aire signos evocadores,
á la Vigilia pálida, que infecundos amores
horrorosa te brinda, junto á tu lecho sientan.

Te adormilas... Extrañas figuras y emociones
en tu imaginación, fantásticas, convergen.
Las historias que oiste de duendes, de ladrones,
reviven, condensadas en lúgubres visiones
que de tu pesadilla, como de un lago, emergen.

Y sobre los fantasmas del sopor en que yaces
se yergue acaso, tétrica, la faz del asesino
cuyas gestas, reguero de crímenes audaces

te contaron prolijos aldeanos locuaces
junto á la cruz aquella que hallaste en el camino.

De fuera, ni un murmullo. Si abandonas el lecho
y, abriendo la ventana, dejas que la nocturna
brisa del campo llene con su soplo tu pecho,
será el campo silente para tu angustia estrecho,
será sorda la noche cerrada y taciturna.

Y cuando hasta las heces bebas tu insomnio amargo,
busca el vano consuelo, la dulzura ilusoria
que puedes encontrar en un duro letargo
como noche sin luna, mortal, marmóreo y largo,
que no te dejará reposo ni memoria...

*

Cuando despiertes, fúlgida reirá la mañana.
Mañana cegadora de estío y de Castilla:
irrumpirá la luz del sol por tu ventana
y, en un deslumbramiento, verás la tierra llana
cubierta por la mies movible y amarilla.

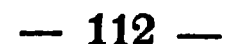


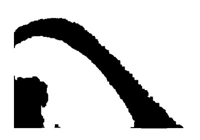


Caminos de mi tierra.

Caminos, los de mi tierra
que os perdéis entre lozanas
mieses, ó por las llanuras
muertas de sed, hoscas, pardas,
fingís viejas cicatrices
de gigantes cuchilladas;
ó trepáis por las vertientes
de la sierra y en las jaras
abandonáis á girones
vuestras vestiduras blancas;
y, á lo largo de los ríos,
oh susurrantes, oh plácidas

alamedas; oh carriles
que hacéis deslizarse, rápida
la tempestad de los trenes;
y argentinas, entre cañas
musicales, por saucedas
llorosas y despeinadas,
junto á seculares rocas,
lamiendo viejas murallas,
bajo puentes que se hunden,
ó por humeantes fábricas
que alimentáis y ennegrecen
vuestro corazón ¡oh aguas,
aguas que vais á tres mares!...
¡Oh caminos de mi patria!
¡Pobres caminos, que hollaron
huestes guerreras, mesnadas
de aventureros, mendigos
trágicos y astrosos, largas
hileras de peregrinos,
cascos de legiones bárbaras,
indignados patriotas





y gentes aletargadas
en sueño que dura siglos!
¡Caminos los de mi patria
que merecéis recibir
la buena nueva que tarda;
la nueva que acogeréis
jubilosos, en la gracía
de un mar de sol, extasiados
en un florecer de ramas!

ROMANCERO

El peine, la esclava y las rosas.

Caballero, ¿me trajisteis
el peinecillo de plata?
—Con él peinaba, señora,
la su cabellera un hada,
que á ser el peine de oro
confundido se quedara
con los áureos filamentos
de la cabellera larga.
Peinábase el hada al sol
en su torre la más alta;
un dragón descomunal
defendíame la entrada.
Con el pensamiento en vos
entré con él en batalla;

dejéle por muerto: ved
el peinecillo que ansiabais,
el peine de plata
que alisó los cabellos de un hada.

Caballero, caballero,
¿no me trajisteis la esclava?
—Largo tiempo fuí, señora,
por los mercados del Asia;
ni encantadoras de sierpes,
ni expertas en artes mágicas,
ni danzarinas famosas
entre las que ví faltaban.
Mas la que os traigo es princesa,
su padre oriental monarca.
Luché con todo un ejército
para poder cautivarla.
Sabe canciones de opio,
y tan peregrinas fábulas
que mil noches y una más
la escucharéis extasiada;

la princesa-esclava
que sabe cuentos de tierras lejanas

Caballero, ¿me trajisteis
tres rosas que os demandara?
—Ved, señora, el campo yermo;
ved las prisiones de escarcha
que retienen á los ríos;
ved que á la llanura bajan
lobos hambrientos; el sol
á la tierra desampara.
Pero en un jardín hallé
tres rosas en una rama,
las dos de ellas tiernecicas,
la tercera bien lograda.
En las mejillas tenéis
las dos rosicas tempranas;
la tercera, vuestras manos
de mi pecho han de arrancarla;
la rosa encarnada
de mi corazón sólo á vos que ama.

Cuento de invierno.

Llenos de nieve—monte y llanura están.
    (Oye cómo crepita la leña en el hogar.)
Dicen que un lobo—ronda por la ciudad.
    (Estos cuentos, que tienen un aroma invernal.)

Cuando las puertas—entreabría el guardián,
como una flecha—penetró en la ciudad.
En esta noche—de hielo y huracán
muchos oyeron—su aullido pertinaz.
    (Oye cómo crepita la leña en el hogar.)

Por las heladas—calles de la ciudad,
buscando cebo,—se le ha visto vagar.

Tiembla de frío.—Junto al horno del pan
acurrucado,—miedo y lástima da.
(Estos cuentos, que tienen un aroma invernal.)

Por la ventana—vieron al animal;
con agua hirviente—lo han querido escaldar;
sobre la nieve—cae sin hacerle mal:
huye como alma—que lleva Satanás.
(Oye cómo crepita la leña en el hogar.)

Hombres de armas—á sus alcances van,
con una turba—de villanos detrás.
Temen y el mismo—miedo valor les da.
Y el lobo corre,—corre por la ciudad.
(Estos cuentos, que tienen un aroma invernal.)

En cada ojo—tiene el lobo un volcán;
se ven, agudos,—sus colmillos brillar;
todo erizado,—tiene aspecto infernal.
Corre, siniestro,—por toda la ciudad.
(Oye cómo crepita la leña en el hogar.)

Una pedrada—le hacía renquear.
Junta en un brinco—toda su agilidad
y esquiva un dardo—que arroja mano audaz
y que muy cerca—se va en tierra á clavar.
(Estos cuentos, que tienen un aroma invernal.)

El lobo corre,—corre por la ciudad,
con hombres de armas—y villanos detrás.
Llena de fieles—la Colegiata está.
¿Visteis? Al templo—refugio fué á buscar.
(Oye cómo crepita la leña en el hogar.)

Se para en medio—de la nave central.
Clava los ojos—de fuego en el altar.
Ya va mediada—la misa del abad:
tiene en las manos—al Cordero de paz.
(Estos cuentos, que tienen un aroma invernal.)

Cuando se postra,—se ve al lobo temblar.
Cuando á Dios alza,—la bestia en tierra da.
Cuando se postra—de nuevo, más fugaz

no corre el viento—que el lobo al escapar.
    (Oye cómo crepita la leña en el hogar.)

Acorralado—lo tiene el pueblo ya.
Su lengua pende—y es penoso su andar.
Cae en la nieve—para no alzarse más.
Lo descuartiza—la turba sin piedad.
    (Estos cuentos, que tienen un aroma invernal.)

Se aquieta el pueblo.—Nieve. Silencio. Paz.
    (Oye cómo crepita la leña en el hogar.)
Blancos, llanura,—pueblo y montaña están.
    (Estos cuentos, que tienen un aroma invernal.)

Visión de la Guerra.

En son de guerra, el señor
despacha á sus mensajeros.
Allá en el patio, relinchan,
piafan los potros inquietos.
Los jinetes ciñen recias
armaduras á sus cuerpos.
El señor, con el cansancio
de incertidumbres y aprestos,
se ha dejado dominar
por la dulzura del sueño...

Sueña...
Sus mesnadas parten.
Hay noticia de un encuentro.



Cabalga con su escogida
hueste á darles valimiento,
y al salir de la ciudad,
su sangre se torna hielo.
Llegan heridos, inermes,
los que animosos partieron.
Un anciano, vacilante,
lleva en brazos á un mancebo.
Más lejos, todo á lo largo
del camino polvoriento,
los tropeles desbandados,
los grandes carros deshechos,
y detrás, nubes de polvo
que ocultan desastres nuevos,
y, en el fondo, de los bosques
amenazador incendio...

Sueña el señor...
La ciudad
resiste feroz asedio.
El señor, en una noche

de tregua, luna y silencio,
desde la torre almenada
mira las calles del pueblo.
Por una calle desierta
cabalgan tres caballeros.
El uno escuálido, pálido,
va royéndose los dedos;
una extraña convulsión
le agita de tiempo en tiempo;
el caballo blanco, flaco,
resiste apenas su peso.
El segundo, su corcel
amarillo va rigiendo;
brotan sulfúricas llamas
de sus pupilas de espectro,
y llena toda la calle
la fetidez de su aliento.
Y el tercero, es una sombra
negra sobre un potro negro;
y encorvada, fría y ancha,
una lámina de acero

brilla entre sus manos, luna
menguante en sombrío cielo.
Al pasar ante las casas,
hacen los tres caballeros
en el aire extraños signos
con sus brazos esqueléticos...

Despierta el señor...
Ya van
á partir los mensajeros.
Asomado al ventanal,
echa afuera todo el cuerpo;
habla por su voz la angustia;
tiembla en su semblante el miedo;
«¡Pie á tierra! ¡Pie á tierra! Nada
turbe la paz de mis pueblos.»

Los viejos hombres de armas
á duros combates hechos,
desensillaron sus potros,
entre chanzas y reniegos.

El héroe muerto.

Ponedle las manos juntas
y entre las manos la espada,
que su cruz el pecho ampare
con el pomo y con las guardas.
Alzad el cuerpo y llevadlo
de través sobre las lanzas.
Llevadlo á Santa María,
Santa María la Blanca.

Llegaránse los ancianos
de andar torpe y testa calva;
—Ya no alienta el varón justo,
de opinión concisa y sabia.—
Vendrán los fuertes garzones
con arneses y celadas:

—Ya no alienta el capitán
que á la morisma espantaba.—
Vendrán también las esposas
con largos velos tocadas:
—Ya no alienta el fiel esposo;
de su hogar la piedra falta.—
Y vendrán las doncellicas,
las doncellicas lozanas:
—Ya no alienta el amador,
el de floridas palabras.—
Bendecirán los ancianos
el cuerpo que en tierra yazga;
se inclinarán los garzones
y le rendirán las armas;
harán correr las esposas
por la triste faz las lágrimas;
las doncellicas el cuerpo
cubrirán de rosas blancas.

El cuerpo después llevad
á la tierra que lo aguarda.

Plantad sobre el cuerpo un roble;
presto medrará su talla.
Medrado que lo veáis,
podréis hacer de sus ramas
un báculo para el viejo,
para el garzón una lanza.
Será ejemplo á las esposas
de fortaleza y constancia,
y al mirarlo pensarán
las doncellicas lozanas:
—Aquí yace el amador
el de floridas palabras;
su cuerpo es savia en el roble;
junto á Dios mora su alma.—

Leyenda de Tannhauser.

(Refundición. Vid. Gastón París, *Légendes du Moyen-Age.*)

Tannhauser, buen caballero,
prodigios quiere admirar.
Tannhauser á la montaña
llena de prodigios va.
Allí mora doña Venus;
sus damas con ella están.
Pasado un año, sus culpas
le empiezan á atormentar.
—Doña Venus, mi señora,
por fuerza os he de dejar.

—Micer Tannhauser, que os amo
nunca debéis olvidar.
Vos juramento me disteis
de nunca me abandonar.
—Doña Venus, mí señora,
nunca jurara yo tal.
Si alguno lo sostuviere
juicio de Dios lo dirá.
—Micer Tannhauser, mi dueño,
conmigo os quiero guardar.
Una de mis compañeras
por vuestra esposa tomad.
—No he de tomar otra esposa;
noble dama tengo ya.
Si la olvido, del infierno
las llamas me abrasarán.
—Del fuego infernal habláisme
sin que sentido lo hayáis:
mirad mi boca bermeja
que siempre riendo está.
—De vuestra boca bermeja

nada tengo que esperar.
Dejadme partir, señora,
de vuestro encanto sensual.
—No me habléis asi, Tannhauser;
á mis caricias tornad:
juegos de amor, en mi cámara,
conmigo habéis de jugar.
—Bien vuestra perfidia veo;
grima vuestro amor me da;
dícenme que sois díablesa
vuestros ojos al brillar.—
Doliente y arrepentido
del monte bajando va.
—Los mis pecados en Roma
quiero al papa confesar.
Alegremente camino,
Dios me preserve de mal.
Al papa Urbano ver quiero
y he de salvarme quízá.—
—¡Ay! papa, señor querido,
llorando quiero contar

á vuestras plantas, las culpas
que cometí por mi mal.
Retorno de los dominios
de una dama principal:
doña Venus es nombrada;
un año me tuvo allá.
Quiero vivir penitente
y á Dios por fin contemplar.—
Báculo el papa tenía;
en tierra lo fué á clavar:
—Si retoña en verdes ramas,
á gracia de Dios vendrás.—
Se aleja otra vez Tannhauser
vergonzoso y con pesar.
Hallóse á nuestra Señora
saliendo de la ciudad:
—Adios, Virgen sin mancilla,
¡quién te pudiera mirar!—
Cuando á la montaña llega
vuelve los ojos atrás:
—Adios, el sol y la luna;

con Dios, amigos, quedad.—
Esto dicho, en la montaña
se entró por siempre jamás.
—Torno á vos, dulce señora;
Dios no me quiere aceptar.—
—Bien vengáis, micer Tannhauser;
tiempo tuve de esperar.
¡Oh mi amador entre todos
escogido, bien vengáis!—
Tres días eran pasados,
ramas el báculo da.
Por toda la tierra el papa
hace á Tannhauser buscar.
A la montaña se ha vuelto,
sus amores tiene allá,
y asi el cuarto papa Urbano
pena eterna ha de pagar.
No condenen al que peca
ni papa ni cardenal:
hasta las culpas más graves
Dios las puede perdonar.

El esposo lejano.

«Mi amado en tierras infieles,
tierras lejanas, pelea.
—Mar azul, haz de tus olas
camino por donde vuelva.—
Lejos de mi amor, obscura
muerte sus pasos acecha.
—Viento, si está moribundo,
la vida á su pecho lleva.—
Se fué sin miedo á peligros
de mar ni á lances de guerra.
—Mar azul, tráemele, libre
de escollos y de sirenas.—

Si el oro busca entre azares
¿no tiene mi cabellera?
—Viento leve que la rizas,
dile que aquí está su hacienda.—
¿Busca destellos de gloria?
Mis ojos amor destellan.
—Mar que á mis ojos palpitas,
tráele, que mi amor le espera.—
Si combate por la cruz,
entre mis pechos que tiemblan
guardo la cruz que me dió
cuando fué á lejanas tierras.
La cruz es fina, de oro;
de oro fino la cadena.
Los pechos me besará
cuando la cruz besar quiera.»

Todas las tardes, á punto
de hundirse el sol, cuando incendia
todo el poniente y la noche
surge por la parte opuesta,

y el vespertino lucero
su rayo en las aguas quiebra,
sube á la torre más alta,
frente á la mar que azulea,
la hermosa, y á las caricias
del viento y del sol entrega
su blanco cuerpo desnudo,
sin más gala ni presea
que su desnudez gloriosa
y el oro de una cadena
de la que pende una cruz
entre los pechos que tiemblan.

Leyenda piadosa.

La puerta del hospital
es recia y está cerrada.
El moribundo á la puerta
penosamente se arrastra.
La calentura sus ojos
consume en siniestra llama.
Perforado el pecho tiene
por tres heridas que sangran.
Tres veces el moribundo
la mano tiende á la aldaba;
si en vano las dos primeras,
luego consigue alcanzarla.

Más que con la mano débil
la aferra con toda el alma.
El golpe del aldabón
retumba en toda la casa.
Patente al punto la puerta,
brazos fornidos le amparan.
Sobre su exánime rostro
se cierne una toca blanca.
Y es la sala blanca toda,
blanco el lecho en que descansa,
blanco el ensueño que tiene:
¡nunca vió blancura tanta!

¡Qué alegre la galería
silenciosa y soleada!
¡Qué inocencia en el aroma
de las abrileñas auras!
La tierra, de invierno enferma,
convalece al respirarlas.
El herido en un sillón
poco á poco se restaura.

Un pajarito, de un olmo
puesto en las últimas ramas,
le canta: ¡La vida es buena!
¡La vida es buena! le canta.
El sol que muere le dice:
Dios es la luz increada.
Y en su metálica lengua
todas las tardes le habla
de la Reina de los cielos,
dulcemente, la campana.

—Señor, en vida y salud
este mi cuerpo adelanta.
Piedad con que me acogisteis
no sabré con qué pagarla.
Sólo un cuchillo me resta
que no perdí en la batalla.
Dadme uu tronco de árbol joven
todo impregnado de savia;
dadme un cuarto de paredes
desnudas y de luz clara;

cerradlo y mandad que en él
un ventanillo se abra
por donde todos los días
me déis sólo pan y agua.
Piedad con que me acogísteis
quiero á mi modo pagarla.—

Un dia no acude el huésped
á tomar el pan y el agua.
Cede la puerta del cuarto
por hombros recios forzada.
Una imagen de María
en el centro se levanta:
hecha está de un árbol joven
todo impregnado de savia,
y á sus pies yace el cuchillo
no perdido en la batalla.
Tiene manto á largos pliegues;
las manos, palma con palma,
y la flor de una sonrisa
se esponja y brilla en su cara.

Por la ventana el sol entra;
más luz la imagen irradia.
Sonríe y sonríe siempre,
que es una gloria el mirarla.
Tanto es el amor que inspira,
que hasta el asombro se calla.

Por fin al artista buscan:
pero el artista no estaba...

Encantamiento.

Nubes de plomo con olas
de plomo se confundían.
La nave desgobernada
muy cerca la costa mira,
la inhospitalaria costa
que de peñascos se eriza.
Viento sobrenatural
las velas intactas hincha,
y una rápida corriente
misteriosa y submarina,
salvando sirtes y bancos
la conduce á la escondida

cala que contra los vientos
próceres rocas abrigan.
Allí se remansa el mar
y es el agua pura y limpia.
Un arroyo claro en ella
se vierte y la dulcifica;
la música del arroyo
suena á cosa de otra vida.
Baja en declive hasta el mar
la tierra verde y florida;
árboles hojosos tienden
sus follajes á la brisa;
frutos y nidos les dan
dulzuras y melodías.
Y el aire que besa flores
ramas mueve y ondas riza,
dulce como generoso
vino de viejas vendimias,
enardece y emborracha
corazón y fantasía.
Los nautas por el paisaje

de ensueño tienden la vista.
Ni ven morada de hombres,
ni ser humano divisan.
Quieren descender á tierra
y un sopor sus miembros liga.
Temeroso el capitán
de una mala hechicería
quiere signarse y sus torpes
dedos del signo se olvidan.
Las olas que en la tormenta
contra el bajel se rompían
llevâron se de la popa
la imagen de Dios bendita.
Círculo de encantamientos
en torno á los nautas gira.
Vibran air e, tierra y agua...
Pasan días... Pasan días...
Los nautas han atısbado
vaporosas, fugitivas,
en derredor de los árboles
danzantes rondas de dríadas:

Tienen cabellos de sauce
labios de adelfa encendida...
Cuando el plenilunio duerme,
claro, sobre la bahía,
del mar emergen sirenas,
cantoras de voz dulcísima:
tienen cabellos de algas
húmedas y retorcidas;
han serenado sus ojos
las soledades marinas;
con delfines relucientes
ágiles juegos combinan...
Y sigue anclado el bajel,
y van corriendo los días
y podredumbre y carcoma
con la nave se encarnizan.
Las velas deshilachadas
penden de las vergas rígidas.
Las arañas en cubierta,
cámaras y bordas, hilan.
Y están los nautas inmóviles

en su hechizo... La lampiña
faz del grumete ha cubierto
luenga barba encanecida.
Los viejos están decrépitos.
Pero en los ojos les brilla
luz mágica, y en sus labios
extrañas frases vacilan.
Son los cantos más etéreos.
Es la atmósfera más tibia.
Vibran aire, tierra y agua.
Pasan días... Pasan días...


FINAL

Eternidad del poema.

Eternidad del poema,
entrevisto de repente,
laborado lentamente
con aspiración suprema

de domeñar un problema
díscolo, de luces frente
fecunda, para una frente
deslumbradora diadema!

Verbal medalla en que acuña
con su divisa su altivo
perfil el artista puro!

Templado acero que empuña
mano firme, y llega al vivo
corazón de lo futuro!

INDICE

ÍNDICE

Págs.

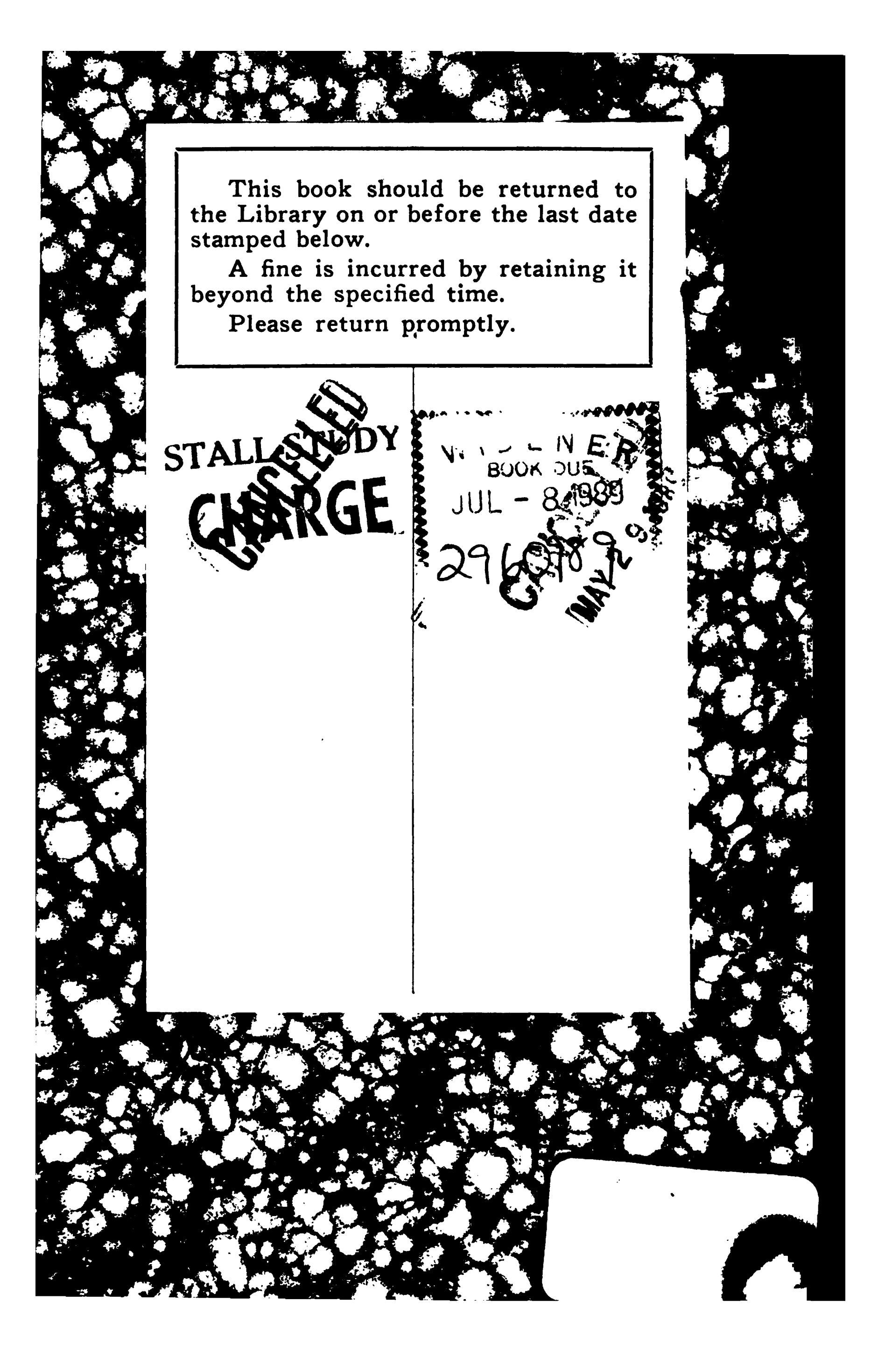
Págs.

ROMANCERO

FINAL

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LA IMPRENTA GUTENBERG-CASTRO, CALLE DE JACOMETREZO, 80, MADRID, EL 9 DE OCTUBRE DE MCMVII




This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.
A fine is incurred by retaining it beyond the specified time.
Please return promptly.
STALL-STUDY
CHARGE
CANCELLED
BOOK DUE
JUL - 8 1989